

una designación clave que les revelara el contenido y primera faz asequible de lo inconmensurable. La experiencia cultural arcaica que estimula y proyecta a los *descubridores* hacia las orillas de un mundo nuevo nunca visto antes, vicia congénitamente sus actos con una insofrenable tendencia *encubridora*: resorte disparado, como tenía que ser, por un campo de fuerzas intrínseco a la milenaria estructura cultural portadora. Ciertamente, la angustia que les provoca la presencia impensada de lo inconmensurable puede herirles en lo más vivo, impregnar y aniquilar el contenido existencial de sus experiencias totales. Más poderosa que ella, empero, es la decisión *mitificadora*, o sea, la voluntad de unificación a través de la forma de un *símbolo*: ese significado que dé cuenta y razón inmediata de las condiciones aleatorias en que el elemento irracional conductivo se resuelve como cauce apropiado a la acción, a fin de que el *des-cubrimiento*, de una vez por todas, pueda proseguir.

3. Nos hallamos, para decirlo en dos palabras, frente al problema de *nombrar lo desconocido*. La concepción del hombre como persona dotada de una estructura vital indivisible—que está normalmente, y no sin sacrificio y conflicto, reconstituyendo el *sistema unificado* de su existencia (control racional del medio)—nos obliga a ver también en el descubridor de un mundo nuevo, antes que nada, una criatura que hace frente a lo otro, a lo inimaginable y desconocido. ¿Pero cuántas veces no ha tenido que encarar el hombre, a lo largo de su milenaria existencia, semejante problema? De modo que no hay que asombrarse de que el descubridor se *sitúe* encarándose al ser de esa otra-cosa que, desconocida, ante él emerge ahí, en el *Mundus Novus*. (Así debieron haberse colocado, recién expulsos del Paraíso Terrenal, frente al enigma de esa su nueva y menesterosa situación histórica, la virginal serie de los Adanes.)

Situarse, empero, significa al propio tiempo parapetarse en una posición dialéctica ambigua. Por una parte, se presiente que lo desconocido, ahí dado, anula de antemano los alcances de toda tarea configuradora positiva. Nadie está capacitado para soportar sobre sí el peso macrocósmico de lo inmenso, de lo absolutamente nuevo y desconocido, carente de medida, de proporción. Por otra parte, desde un comienzo todos se hayan dispuestos a ignorar los efectos negativos de esa devastadora toma de posesión aparente, recurriendo para ello al empleo radical de un nombre significativo, de un símbolo que tiene la virtud de espantar al diablo de inmediato, haciéndole huir al dintorno enfoscado. Pero para comprender esta estructura ambivalente de la conciencia *des-cubridora* hay que marcar etapas. Veamos ante todo primero lo que significa descubrir en lo desconocido.

Ya hemos dicho que el descubridor tiene ante sí y soporta sobre sí un Nuevo Mundo desproporcionado, pero de una magnitud, de una grandeza exterior *evanescente*, que no se deja coger con facilidad. Pues bien, eso-otro, puesto ahí, con que viene a abrazarse, es como una atroz pendiente que no acabara nunca, y que conduce tal vez al vacío, a la nada, al fin inesperado.

Las condiciones *enigmáticas* del encuentro —siempre: encuentro *vivido*— se generan y conglomeran dentro de este parámetro crucial. No puede dudarse más a este respecto. Para la conciencia de los descubridores, que por instinto no podían haber ignorado la peligrosidad constitutiva de esta relación, la percepción del espacio —enorme e inconcreto— del Nuevo Mundo supone el que esté escrita ahí, o cuando menos bosquejada, la palabra gigante Nada.

Importa conocer las siguientes citas, tomadas de un célebre texto claudeliano. Recogidas por quien esto escribe hace ya mucho tiempo, solamente ahora vamos a introducirlas en una interpretación coherente, esto es, teórica, de los hechos. He aquí algunos pasajes del drama lírico *El libro de Cristóbal Colón*:

EL EXPOSITOR.—*Ahora comienza la gran escena, la famosa escena del motín de los marineros. (Durante toda esta escena, subyacente o tumultuoso, se oye en el coro un murmullo, un entrevero continuo de voces, de palabras y sobre todo de sentimientos, que responden a las siguientes ideas, «proferidas o no».) ¡El mar! ¡El mar! ¡El mar! ¡Siempre, siempre hacia el Oeste! ¡Moriremos todos! ¡Jamás volveremos! ¡Cristóbal Colón! ¿Qué haces de nosotros? ¿Por qué nos trajiste contigo? ¿Por qué quieres hacernos morir? ¡Basta! ¡Queremos volver! ¡Hay que obligarlo a regresar! ¡Está loco! ¡Un loco! ¡Hay que obligarlo a regresar! ¡Es un traidor! ¡Es un loco! ¡Es un asesino! ¡Siempre el mar! ¡Siempre nada! ¡Ya no hay nada! ¡Ya no hay nada! ¡Estamos perdidos en medio de la nada!*

Sobre el plano de la escena, subrayando el horrendo tumulto, destacan unas voces, unas palabras (*preferidas o no*), y entre ellas la que apunta a la *Nada*. Precisamente, líneas más abajo, remachando la idea atormentadora, confirma uno de los oficiales: «El hombre humano no está hecho para navegar tan espantosamente a través de la Nada.»

4. Consideramos al hombre como un animal metafísico en la medida en que se encamina hacia lo eterno, o está vinculado a una vivencia de lo trascendental. Dominando en sí la vivencia de lo misterioso consigue permanecer en acción, enfrentarse a una realidad que, además de circunscribirlo y de contenerlo íntegramente, se explyea en todas direcciones hacia todos los horizontes del ser, de la naturaleza cósmica. Su relación consciente con el mundo es al propio tiempo una relación inconsciente con la totalidad extralimitante de la naturaleza

entera, a la cual el hombre no puede abarcar, pero sí imaginar, soñar, desear, simbolizar metafísica o poéticamente de algún modo. El eros como dios primordial encarna o representa el mito romántico por excelencia. La totalidad es, pues, el fondo mítico indisoluble, sobre el que el hombre se apoya, permanece, recorta sus actos, modela las peculiaridades de su difícil empresa de vivir. Dios mismo, como la más alta y racional textura simbólica del mito de Eros actualiza en una nueva dimensión espiritual, enteramente inédita, la pasión metafísica que consume a la naturaleza humana, y que es intrínseca a ella. Donde quiera que esté, siempre está el hombre más allá de sí mismo y del todo, y por ello, precisamente, al despertar a la autognosis, a la reflexión ontológica, de no tener cercano el agarradero fundamental de la creencia o de la fe, la estructura humana tiende a disolverse irremediablemente en la temporalidad existencial anonadadora, como se diría en la lengua de Heidegger.

Cuando el hombre busca un saber cualquiera es porque ya está hundido y atrapado por el misterio de lo inconmensurable. Remontémonos a los primeros filósofos. ¿Qué quiere decir, por ejemplo, Hesíodo cuando habla del Caos como principio generador de todas las cosas? O Gigon, un especialista, responde: «la totalidad del cosmos cognoscible debe desarrollarse en un *proceso evidente y concebible*. La primera de estas condiciones se cumple ya en Hesíodo. Lo que él representa como Caos, al principio de su Teogonía, es el *vacío abismal* que queda si *abstraemos la limitación del cosmos* por la bóveda celeste y la superficie terrestre». Ahora bien, convalidado el Caos por el primer filósofo verdadero, se transforma en lo *Ilimitado*. «Con más radicalidad, enseña Anaximandro que el origen es lo Ilimitado. Para él lo decisivo es aparentemente la oposición especulativa entre la esfera cósmica *delimitada y diferenciada*, y algo *totalmente informe e inabarcable*.» Con respecto a otra etapa del pensamiento filosófico griego, «la pregunta por la esencia y destino del alma, agrega Gigon, sólo aparece poco a poco en la filosofía antigua. En época temprana la atención se dirige *al todo y a lo omnicomprendido, a lo lejano y apartado...*, y sólo con el tiempo se vuelve a lo más cercano, al hombre». Sin duda, la lucha por encerrar lo infinito fue tarea titánica para el pensamiento griego, que se desarrolló y se formó científicamente en esta empeñosa y dramática confrontación intelectual. Del Caos surge el Cosmos, vale decir, de la impresión gravosa del peso de lo desmesurado, la idea, intangible y liviana («proceso evidente y concebible») de un ser regido por su propia medida intrínseca. De lo *apeiron* brotaría presto la *sophrosyne*.

La intensidad de la percepción metafísica de lo inconmensurable produjo, desde luego, el concepto de unos elementos cósmicos primor-

diales que dan origen a todo lo existente. «Prevalece en la filosofía antigua, diremos otra vez con Gigon, la confianza en poder captar el todo como algo limitado» (1). Mas ¿desaparece por ello el trasfondo metafísico perennizado por un símbolo mítico del que ha sido recordado el concepto de finitud y de medida esclarecedora? La comprensión científico-filosófica de la unidad de lo dado, ¿acaba para siempre con el misterio palmario y su influencia? Para expresarlo en términos de la teoría de la Gestalt, ¿la percepción intuitiva de la figura como crisol de la forma estructural que coincide con ella, acaba con la realidad del fondo sobre la cual se destaca? Urs von Balthasar, desde diversa orilla religiosa, expresa: «al revelarse, el ente exhibe su plenitud cada vez mayor, y con ello su irreductible misterio». O bien: «resulta claro que el concepto de unidad, al que todo el mundo supone conocido y transparente, es en el fondo tan misterioso como todos los demás conceptos fundamentales del ser... El concepto de unidad es, a pesar de su revelación, un misterio totalmente impenetrable» (2).

¿Como si se pudiera escapar jamás a la influencia de lo omnicomprendivo! El pathos de la existencia humana está vaciado sobre este intangible e invisible molde espiritual. Hay también que coger lo inaprensible, recrearse en la contemplación de lo desconocido, oír los silencios, rodear infinitud en toda su amplitud. O, al revés, lisa y llanamente, rechazar y repudiar esta evidencia insólita. En un comentario de T. Adorno, por ejemplo, se dice: «El silencioso procedimiento de Stefan George y Hofmannsthal apela precisamente al manifiesto de Rimbaud y de Verlaine: a lo *inconmensurable*. No es el *absolutum* metafísico urgido por el primer romanticismo alemán y por su filosofía. No es casual que el sonido sea el portador de lo inconmensurable, pues lo inconmensurable no es ya inteligible, sino sensible» (3).

Otro ejemplo. El joven Rimabud, harto ya de constreñirse en los límites de una Europa semisalvaje, corroída por las miserias de la civilización—y acaso de la cultura—, se propone de nuevo construir lo ilimitado, mas no lo hace ¡ay! sino con el propósito secreto de destruirlo (4). Como, en efecto, re-nacer a su gusto, depurado de las condiciones reales que preparan y resuelven su mismo nacimiento humano no le es posible a él ni a nadie, se empeñará en estrellarse contra las brasas de su propia conciencia infeliz. Liberarse en y por el infinito desconocido, significa para el poeta, en realidad, destruirse al contacto de lo inmenso, de la lejanía insondable. Se crea, pues, para sí, el espacio

(1) *Problemas fundamentales de la filosofía antigua*. Ed. Fabril. Bs. As.

(2) *La esencia de la verdad*. Ed. Sudamericana. Bs. As.

(3) *Prismas*, p. 204. Ed. Ariel. Madrid.

(4) Así al menos, surge de la interpretación de su obra por HUGO FRIEDRICH, en *Estructura de la lírica moderna*. Ed. Seix Barral. Barcelona.